
Las relaciones diplomáticas entre Chile y México

*Hugo Miranda**

El proceso independentista en América, iniciado en los albores del siglo pasado, significó en términos políticos el replanteamiento de la creación de una nueva sociedad, inspirada en las bases del llamado Estado Liberal. De esta forma, los primeros esfuerzos de las incipientes naciones se concentraron, en el ámbito interno, a reformular las funciones del Estado y a estructurar un sistema político que fuera la expresión de los tres conceptos esenciales del pensamiento liberal: igualdad, fraternidad y libertad individual. A ello se agregaba la idea de la separación de los poderes del Estado.

Sin embargo, la ruptura entre las instituciones coloniales y la instrumentación de los nuevos esquemas políticos, generaron en las distintas naciones que surgían ante los ojos de la comunidad internacional, regida por los conceptos y parámetros del mundo europeo de la época, conflictos políticos derivados de la pugna del poder y las aspiraciones de las nuevas clases dirigentes o dominantes por controlarlo. Este hecho significó desde las llamadas etapas republicanas, un largo proceso de fragmentación que a su vez se vio agravado por las disputas territoriales entre los nuevos estado-naciones.

En América, desde 1800 hasta nuestros días, se observan los rasgos de desencuentros y desentendimientos heredados en el plano internacional por las disputas territoriales. En efecto, en la medida que se consolidaban las nociones de Estado y las clases políticas experimentaban el acomodo de sistemas democráticos, encaminados en una búsqueda permanente por definir características propias, emergieron al interior de ellas acendrados nacionalismos. Este hecho se tradujo en el fortalecimiento de esquemas políticos ligados naturalmente a modelos militaristas, cuyo resultado fue que se diseñaran políticas exteriores vinculadas a las llamadas diplomacias de fronteras que concluyeron por segmentar a toda la región y posponer los esfuerzos orientados a fortalecer vías de mayor integración y entendimiento.

* Embajador de Chile en México.

Por otra parte, el vacío de las instituciones coloniales, conjugado con las políticas expansionistas de los nuevos centros de poder, dejaron a la región expuesta a los intereses de las grandes potencias de la época. La debilidad de los estados americanos en este nuevo contexto tuvo diversas expresiones de precariedad de las normas y del derecho internacional, en virtud de la cual primaron las concepciones del poder militar sobre las de juricidad y derecho.

No obstante, y pese a los problemas estructurales que enfrentaron en esta etapa del desarrollo del Estado las diversas naciones americanas, sus políticas internacionales se orientaron principalmente a obtener el reconocimiento de las grandes potencias; a evitar nuevas formas de colonialismo, especialmente por parte de España; a buscar aunque fuera en el plano del discurso teórico formas de integración y cooperación internacional entre ellas; a solucionar en la medida de sus posibilidades sus conflictos territoriales, no siempre resueltos dentro del marco de las negociaciones diplomáticas; a establecer relaciones entre ellas, y a suscribir múltiples acuerdos que aspiraban a conformar un sentido panamericanista.

Estos lineamientos de política exterior, derivados de las necesidades que emergían para enfrentar los problemas internos y externos, no siempre fueron una respuesta meditada sobre los mismos. En efecto, son las crisis internacionales que afectan a la región —y por tanto generan los peligros—, las que en última instancia descomprimen las tensiones bilaterales y abren posibilidades de concertar políticas de cooperación y expectativas de integración dentro del espíritu panamericanista. Sin embargo, como se advierte en todo este periodo, una vez pasada la crisis afloran nuevamente y con mayor fuerza las diferencias entre los estados.

Este panorama de descomposición política e institucional en los estados americanos, facilitó la presencia de los intereses de las potencias europeas por explotar los recursos que ofrecía el continente. Así, ante el vacío de poder dejado por la corona española, se abrieron las posibilidades para que éste fuese copado por los intereses, en particular de Inglaterra y Francia. Posteriormente, la declinación del imperio británico permitió que una nueva potencia internacional, aparecida en nuestra región y representada por Estados Unidos, desplazara los intereses colonialistas y expansionistas europeos, para consolidar el crecimiento del capitalismo norteamericano en todo el resto del continente. La historia ha sido clara en esta materia. Las políticas norteamericanas empezaron a distanciarse del resto de la región y se orientaron básicamente a la defensa de sus intereses económicos, traduciéndose en el surgimiento de un nuevo esquema de relaciones que no descartó la intervención armada.

En este contexto, complejo y difícil, México y Chile pudieron articular esquemas de cooperación y aunar esfuerzos en pro de una mayor integración. Han sido dos polos de crecimiento y de historia que, separados por un inmenso territorio, han logrado en más de 180 años de vida independiente consolidar modelos de política exterior que han sido coincidentes en sus propósitos y objetivos con respecto a fortalecer los principios del derecho internacional, en particular frente a las políticas intervencionistas, y a no escatimar acciones decididas dirigidas a defender la integridad territorial. Ello se ha visto reflejado en el permanente interés que México despertó para Chile. Esto se derivaba de la importancia y del papel desempeñado por México durante la colonia, así como por el papel que en el plano internacional le correspondía históricamente desarrollar en la región por la vastedad de su territorio, por sus inmensos recursos naturales y por su estratégica ubicación geográfica que naturalmente le daba acceso a los océanos Pacífico y Atlántico, así como a su vecindad con Centroamérica, el Caribe y Estados Unidos.

En 1823 ambos países suscribían el primer Tratado de Comercio, cuyo espíritu pretendía fomentar el intercambio de bienes y productos, dando facilidades aduaneras a los mismos. En 1830, el distinguido diplomático chileno Joaquín Campino ocupó la jefatura de Misión en México; desde su perspicaz análisis político, advirtió los problemas crediticios que enfrentaba la región y el significado de los tratados de límites de la época. Al mismo tiempo, observaba con inquietud los procesos de descomposición política y social que encaraban los países adscritos a su área.

Otro hito importante en las relaciones entre Chile y México se aprecia en los sucesos de 1864 que significaron la intervención francesa en el territorio mexicano. En este sentido, el gobierno de Chile, una vez conocido estos graves hechos, resolvió comunicar al gobierno de México su voluntad de ayuda solidaria. Consecuente con sus postulados americanistas, se ordenó a Francisco Astaburuaga y Cienfuegos que se trasladara a México con el propósito de entrevistarse con Juárez y ofrecerle auxilios militares, así como refugio político si era necesario. Según los historiadores diplomáticos, pocos episodios han sido tan dramáticos en nuestra región como el de la intervención francesa en este país. Astaburuaga desembarcó en Veracruz en medio de las tropas de soldados franceses, ingleses y españoles. Sin embargo, víctima de una grave enfermedad, el diplomático debió abandonar México con destino a Cuba, acreditando en su Misión como agente especial al profesor y abogado chileno, Pedro Pablo Ortiz, quien llegó a México cuando los asuntos políticos se habían precipitado, encontrando a Maximiliano como emperador y al gobierno de Juárez destituido.

Estos hechos internacionales, unidos a la cuestión de la guerra con España a raíz del caso de las Islas Chinchas, desencadenaron una ola de protestas por parte de la clase política chilena y el intervencionismo europeo. A este marco, se agregaba la incorporación de Santo Domingo a España, lo cual agravó más el panorama internacional de la región. Las voces de Manuel Antonio Matta, Gallo, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Lastarria, Bilbao, y García Reyes, así como de Domingo Santa María y Federico Errázuriz Zañartu, se hicieron sentir —como lo describen los periódicos chilenos de esa época— “en una sola garganta que hablaba con la voz del espíritu americanista”. El envío de las barras de plata por parte de los mineros chilenos a Juárez refleja que Chile respondía a México con actitudes diplomáticas que comprometían al gobierno en la consecuencia de una doctrina; a los intelectuales y políticos en la defensa del derecho internacional, y al pueblo y sus estamentos en la ayuda solidaria para los patriotas mexicanos, encabezados por la figura de Benito Juárez.

En los archivos diplomáticos chilenos se advierte una visión del continente, caracterizada por los permanentes conflictos que lo fueron fragmentando; por otra parte, también se aprecia, aunque dibujada en el espíritu romántico de todo siglo pasado, una esperanza desgarradora por afianzar y construir una sociedad inspirada en las raíces comunes y en el pensamiento unionista que habían legado los próceres de la independencia. En ellos se advierte además los comentarios agudos frente a Estados Unidos, potencia emergente, que estaba destinada a aprovechar estas condiciones de desmembramiento para consolidar a fines del siglo XIX y principios del XX su fase de expansionismo capitalista en la región. Este proceso originaría nuevas fuentes de conflictos en los que México no estaría exento.

Al igual que la diplomacia chilena se hizo sentir en los sucesos de 1864, medio siglo después jugaría otro papel significativo frente a la Revolución Mexicana. Un historiador chileno señala que

de la historia moderna de América Latina, quizás ningún acontecimiento haya despertado tanto interés y justificación entre los historiadores como la Revolución Mexicana y con evidente razón. En ella se entremezclaron fenómenos modernos: la lucha de los sectores medios por acceder al poder político; la pugna de los poderes industrializados por asegurar su abastecimiento de materias primas y exportación de su manufactura; y la lucha de los campesinos por recuperar sus tierras comunales.

A esta opinión, cabría añadirle que la Revolución Mexicana se constituyó en el hito fundamental de un proceso histórico que irradiaría sus beneficios hacia los sectores más postergados de América Latina, abriendo un nuevo discurso político de modernidad que se introduciría en el pensamiento progresista de

aquellos hombres que habitando otros lugares, lograban percibir un mundo de cambios con mayor justicia y participación de los pueblos en la vida democrática.

La Misión de Chile en México, a comienzos de 1900, estuvo representada por Emilio Bello Codesido, nieto de Andrés Bello, quien fue el primer enviado a este país, en carácter de jefe de Misión exclusivo. No obstante, recién en 1909 se estableció una legación permanente, y en reciprocidad México acreditó una en Santiago. El primer representante chileno fue Eduardo Suárez Mujica, quien llegó a México en abril de 1910.

Dicha fecha fue clave por cuanto coincidía con el gobierno de Madero. El derrocamiento del apóstol de la democracia se tradujo en un enfriamiento automático de las relaciones diplomáticas que significó el no reconocimiento del gobierno del general Huerta. Las vinculaciones entre ambos países se desarrollaron en especial a nivel político. Posteriormente, entre los años 1917 y 1920, se aprecia un importante intercambio comercial caracterizado por ser México el principal país abastecedor de petróleo hacia Chile. El más importante rubro de exportación chilena de esa etapa lo configura el trigo. Curiosamente, el salitre chileno no logró abrirse espacio en el mercado mexicano como consecuencia de la primera guerra mundial y de las dificultades ocasionadas al comercio por ese conflicto.

Durante el proceso de la Revolución Mexicana, Chile participó junto con Argentina y Brasil en la Ronda de negociaciones internacionales para resolver los conflictos mexicanos. Esta iniciativa surgió según los anales de ese periodo a instancias de Chile. Sin embargo, conforme a las fuentes norteamericanas, la propuesta nace a insinuación de Estados Unidos, nación que ante situaciones similares había propuesto gestiones de tal naturaleza. Un ejemplo de ello es la mediación de Argentina y Brasil en el conflicto entre Perú y Ecuador, ante el cual Estados Unidos solicitó a Chile interceder de manera extraoficial ante el gobierno de Quito para lograr un arreglo pacífico del mismo.

Los anales diplomáticos chilenos de la época señalan con preocupación la política expansionista diseñada por Estados Unidos, que tiende a cautelar los intereses económicos norteamericanos por sobre los principios y prácticas del derecho internacional. Esta concepción empieza a plasmarse en la idea de frenar la intervención de la Casa Blanca en el mundo hispanoamericano. Los sucesos internos de México evidenciaron síntomas de un conflicto entre este país y Estados Unidos. En este sentido cabe recordar, a modo sucinto, que a raíz de los acontecimientos mexicanos que significaron el derribamiento de Porfirio Díaz y el triunfo de Francisco Madero, la situación interna del país empezó a despertar mayores demandas sociales y a desencadenar un proceso de pugnas internas. El asesinato de Madero, que llevó al poder al general Victo-

riano Huerta, provocó como se dijo anteriormente la primera reacción diplomática del gobierno de Chile. A partir de este hito se inicia un panorama interno de lucha revolucionaria que afectó “curiosamente” las relaciones con Estados Unidos.

De hecho la Casa Blanca, consecuente con la política *Big Stick*, activó su diplomacia, cursando una nota de las cancillerías americanas en la cual exponía su situación en México ante el peligro que corrían los intereses privados estadounidenses a causa de la inestabilidad interna y anunciaba su decisión “de proceder a emplear todos los medios que pudieran ser necesarios para obtener el retiro del General Huerta del Gobierno”. Como se sabe, en esos momentos el presidente Wilson había adoptado la determinación de unirse a Carranza y Obregón para defender la constitucionalidad alterada por el asesinato de Madero.

Ante esta situación y consciente de que los procedimientos y argumentaciones del presidente Wilson harían actuar militarmente a la Casa Blanca para proteger los intereses de los ciudadanos norteamericanos, amparada en un supuesto resguardo de la legalidad, la Cancillería chilena reaccionó sondeando la opinión de Argentina y Brasil para mediar conjuntamente. La respuesta fue favorable. Sin embargo, el 21 de abril de 1914 los cañones de la armada norteamericana bombardearon el puerto de Veracruz, desembarcaron sus tropas e invadieron la ciudad.

El ofrecimiento de las tres naciones sudamericanas de interceder con sus buenos oficios, se tradujo en una gestión diplomática, en virtud de la cual Estados Unidos se comprometió ante los mediadores a no utilizar la fuerza armada. Posteriormente, los países en conflicto se avinieron a tratar bilateralmente sus puntos de discrepancias en las conferencias de *Niagara Falls*. El presidente de Chile, Ramón Barros Luco, señalaba en el mensaje presidencial de 1917:

La amistosa mediación de los Gobiernos de Argentina, Brasil y Chile en el conflicto suscitado entre los Estados Unidos de América y el Gobierno del General Huerta en la República de México, que tuvo tan feliz éxito en las conferencias de *Niagara Falls*, ha sido un testimonio elocuente del espíritu de solidaridad que preside las relaciones de los pueblos de América.

Entre la primera y la segunda guerra mundial, seguidas de los efectos de la bipolaridad en las décadas de los años cincuenta a los ochenta, en donde la guerra fría abrió marcos de alineación y distanciamiento al interior de la comunidad internacional, se aprecia cómo —dentro de este contexto histórico— los países de América Latina no sólo formaron parte instrumental de esta disputa de dos gran-

des potencias, sino que además sus políticas exteriores se vieron afectadas e involucradas. En efecto, el surgimiento de nuevas ideologías que aspiraban a reformular el papel del Estado liberal y progresista de principios del siglo xx, traería a la región propuestas políticas inspiradas en una economía resguardada y protectora de las industrias nacionales. Además, se postulaban nuevas orientaciones frente a un Estado en transformación que debía responder a las crecientes demandas sociales. Esta realidad tuvo como consecuencias, en lo internacional, que los países con crecimiento limitado enfrentaran procesos de subversión y resquebrajamiento de los distintos sistemas democráticos. Las diferentes formas de autoritarismo debilitaron y comprimieron el diálogo regional, no obstante los esfuerzos desplegados por los países latinoamericanos por fortalecer las instancias multilaterales. La búsqueda de fórmulas integracionistas que van desde las aspiraciones globalizantes, representadas por la ALALC y apoyadas por el proyecto de Kennedy de la Alianza para el Progreso, hasta los intentos subregionales reflejados en el mercado común centroamericano y el Pacto Andino, constituyen los ejemplos más claros de esta dinámica. Sin embargo, también se advierte en ellos su deterioro y la crisis que afecta económicamente a toda la región.

México y Chile tampoco permanecieron ajenos a estos procesos y coincidieron en desplegar esfuerzos conjuntos, en el ámbito de la política internacional, orientados a tonificar la integración y los principios del derecho internacional, así como sus propósitos por abrirse espacios de mayor independencia en el contexto internacional, regido por la bipolaridad y los intereses de los grandes centros de poder económico. Aun cuando la política exterior de ambos países adquiere visos progresivos de mayor autonomía, a partir de la década de los años setenta, y a pesar de las similitudes que tienen y comparten Chile y México, a raíz de los sucesos políticos chilenos de septiembre de 1973 sus relaciones se deterioran, llegando a su ruptura a nivel diplomático y consular en 1974. Un balance hasta esa época demuestra que el entendimiento entre ambos países fue de carácter exclusivamente político, en el cual el intercambio económico y comercial estuvo regulado por políticas proteccionistas que facilitaron el monopolio y debilitaron significativamente el papel participativo del Estado, que tuvo que asumir un carácter intervencionista y de subsidio para compensar los desequilibrios y las tensiones sociales. En suma, las relaciones diplomáticas no eran distintas a las del resto de la región, que se caracterizaban más bien por su tenor discursivo y retórico antes que ser realistas y pragmáticas.

El cambio de enfoque en las relaciones comienza a operar definitivamente a partir de la reapertura de los vínculos diplomáticos, iniciados con la reinstalación de las misiones en México y en Santiago.

Relación de convenios y acuerdos suscritos entre México y Chile

Memorándum de Entendimiento sobre Transporte Aéreo Comercial	Suscrito el 19 de abril de 1990
Convenio Hacendario-Financiero	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Convenio de Cooperación Técnica y Científica	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Memorándum de Entendimiento en Materia Pesquera	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Acuerdo sobre Cooperación para Combatir el Narcotráfico y la Farmacodependencia	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Convenio de Extradición y Asistencia Jurídica Mutua en Materia Penal	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Convenio de Cooperación Cultural y Educativa	Suscrito el 2 de octubre de 1990
Acuerdo de Complementación Económica	Suscrito el 22 de septiembre de 1991

Quizás la forma de encuentro más sólida y perdurable entre nuestros países proviene de la creación artística. México, centro continental de cultura, abrió sus puertas a Gabriela Mistral en 1922. Invitada por el entonces secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, para participar en la reforma educacional, deja Chile y emprende el viaje que le va a permitir no sólo una apertura literaria, sino especialmente, la consolidación de su pensamiento. Es en México donde Gabriela Mistral va a perfeccionar sus supuestos y a elaborar sus textos más importantes sobre problemas éticos, sociales y políticos de América Latina.

El paisaje humano y geográfico de México está incorporado a la obra de Gabriela Mistral, Palma Guillén, su fiel e inteligente interlocutora, Alfonso Reyes, uno de los más significativos escritores mexicanos, serán las amistades que

traspasarán las fronteras en una relación literaria de la cual hoy siguen publicándose cartas y documentos con valiosa información sobre la apasionante época que compartieron. La geografía mexicana se transformará en materia poética, tan importante como el valle del norte chileno donde transcurrieron los años de infancia de la poeta. Sabemos que hoy México valora a Gabriela Mistral como a uno de los suyos, de la misma manera que en Chile su figura está estrechamente unida a este país hermano. La poeta, primer premio Nobel de América Latina, es pues una figura compartida que une a nuestras dos naciones en una relación que no la extinguen el tiempo ni los cambios de la modernidad.

Por otra parte, en 1939, al estallar la guerra civil de España, el poeta Pablo Neruda busca refugio en México donde encuentra no sólo la seguridad política, sino también la amistad de escritores e intelectuales como José Revueltas. La estadía de Neruda en México está asimismo incorporada a su obra. En 1973 Neruda, gravemente enfermo y al sentirse amenazado políticamente al darse el golpe militar en Chile, decide salir hacia el extranjero y señala a México como lugar de su exilio. Sin embargo, no pudo hacerlo pues la muerte lo alcanzó en esos días, pero su deseo muestra hasta qué punto tomaba a este país como su segunda patria.

En 1991, Nicanor Parra obtuvo el premio Juan Rulfo, como reconocimiento a su extensa labor literaria, renovando así el tradicional lazo de la poesía chilena en México.

No se agota en nuestros poetas la relación cultural entre México y Chile. Sería imposible ahora dar una cuenta acabada de nuestros vínculos que son múltiples e inagotables, allí están la música, el cine y la pintura, que modelan sentimientos y permiten el arraigo a una entidad cultural en nuestro continente.

Recientemente, se firmó el Acuerdo de Cooperación Cultural y Educativo entre México y Chile, acuerdo que, estoy seguro, vendrá a fortalecer más aún nuestra historia cultural, con voces que harán del norte y del sur, un mapa estético cruzado por el asombroso encuentro de artistas y creadores que seguirán trabajando por nuestra identidad, por nuestra integración latinoamericana.
